

estaba interesada de tal modo, que sintió no poder ver las cartas y llegó á hablar con malos modos á su cuñada, á quien la dicha de Calixto causaba distracciones, y la cual no contestaba siempre á las preguntas que le hacía. La partida duró hasta las once, y hubo dos defecciones: el barón y el caballero de Halga se durmieron en sus respectivos sofás. Marieta había hecho galletas de pan negro, y la baronesa se levantó para sacar el servicio de té. Antes de la marcha de los Kergarouët y de la señorita de Pen-Hoël, la ilustre casa Guenic les sirvió una colación compuesta de mantecas frescas, frutas y crema, colación para la cual se sacó del armario la tetera de plata y las porcelanas de Inglaterra que habían sido enviadas á la baronesa por una de sus tías. Esta apariencia de esplendor moderno en aquel viejo salón y la exquisita gracia de la baronesa, acostumbrada, como buena irlandesa, á hacer y á servir el té, tuvieron un no sé qué de encantador. El lujo más asiático no hubiera producido el efecto sencillo y noble que producía aquel sentimiento de gozosa hospitalidad. Cuando no quedaron ya en la sala más que la baronesa y su hijo, aquélla dijo á éste:

—¿Qué ha ocurrido esta noche en Touches?

Calixto le contó la esperanza que Camilo le había dado y sus extrañas instrucciones.

—¡Pobre mujer!—exclamó la irlandesa juntando las manos y compadeciendo por primera vez á la señorita de Touches.

Algunos momentos después de la marcha de Calixto, Beatriz, que le había visto salir de Touches, se fué á la habitación de su amiga, á la que encontró llorando y medio tumbada sobre un sofá.

—¿Qué tienes, Felicidad?—le preguntó la marquesa.

—Que tengo cuarenta años y que amo, querida mía—contestó con terrible acento de rabia la señorita de Touches, cuyos ojos se volvieron secos y brillantes.—Beatriz, ¡si supieses cuántas lágrimas derramo por los días perdidos de mi juventud! Ser amada por piedad, saber que se debe la dicha á trabajos penosos, á astucias de gato, á lazos tendidos á la inocencia y á las virtudes de un niño, ¿no es infame? Afortunadamente, se encuentra una especie de absolución en el infinito de la pasión, en lo enérgico de la dicha y en la certidumbre de estar siempre por cima de todas las mujeres, grabando una su recuerdo en un corazón joven, mediante inolvidables placeres é incesante abnegación. Sí, si él me

dijese que me arrojase al mar, lo haría á la menor indicación, y hay momentos en que llevo á desear que me lo pida, porque de ese modo mi muerte sería una ofrenda y no un suicidio... ¡Ahl Beatriz, ¡qué trastorno me has causado viniendo aquí! Ya sé que es difícil superarte en nada; pero tú amas á Conti; eres noble y generosa, y no me engañarás, sino que, al contrario, me ayudarás á conservar á mi Calixto. Ya me esperaba yo la impresión que ibas á causarle; pero no he querido mostrarme celosa, porque eso sería atizar el mal; sino que, al contrario, te anuncié describiéndote con tan vivos colores, que no creí nunca que llegases á realizarlos; mas, por desgracia, has embellecido mucho.

Esta violenta elegía, en la que la verdad se confundía con lo falso, engañó por completo á la señora de Rochefide. Claudio Viñón había dicho á Conti los motivos de su marcha, y como Beatriz los conociese, se mostraba fría por generosidad con Calixto; pero en este momento sintió en su alma esa especie de goce que sienten todas las mujeres cuando saben que son amadas. El amor que inspiran á un hombre supone elogios sin hipocresía, y es muy difícil que dejen de saborearlos; pero cuando ese hombre pertenece á una amiga, sus homenajes causan aun más alegría, son delicias celestiales. Beatriz se sentó al lado de su amiga y empezó á acariciarla, diciéndole:

—No tienes un cabello blanco ni una arruga, y tus sienes están frescas; mientras que conozco más de una mujer de treinta años que se ve obligada á ocultar las suyas. Mira, querida—dijo levantando los rizos de las sienes,—mira lo que me ha costado mi viaje.

La marquesa mostró la imperceptible ajadura que hería ya el grano de su tierna piel, y, levantándose las mangas, dejó ver tres profundas arrugas que formaban una especie de brazaletes en sus muñecas.

—¿No son estos los dos lugares que no engañan nunca en nosotras, como ha dicho un escritor? Es preciso haber sufrido mucho, para reconocer la verdad de esta cruel observación; pero, afortunadamente para nosotras, la mayor parte de los hombres no lo saben, ni leen á ese infame autor.

—Tu carta me lo reveló todo—le respondió Camilo.—La dicha está reñida con la fatuidad, y tú te alababas demasiado en ella para ser feliz. En materia de amor, ¿no es la verdad sorda, muda y ciega? Por eso, al saber que tenías

muchas razones para abandonar á Conti, temí tu llegada y tu estancia en ésta. Querida mía, Calixto es un ángel tan bueno como hermoso, y el pobre inocente no resistiría á una sola de tus miradas, pues te admira demasiado para no amarte en cuanto le des el menor motivo para ello, siendo tu desprecio lo único que podrá contribuir á que yo lo conserve. Te lo confieso con la cobardía de la pasión verdadera: arrancármelo sería matarme. *Adolfo*, ese espantoso libro de Benjamín Constant, nos describe únicamente los dolores del hombre; pero, ¿y los de la mujer? ¡Ah! él no los ha observado, y por eso no puede describirlos. ¿Y qué mujer se atrevería á hacerlo? Ninguna; porque haciéndolo, deshonraría á su sexo y humillaría á la virtud, ensalzando el vicio. ¡Ah! á juzgar por los temores que me inspiran, esos sufrimientos deben ser semejantes á los del infierno. Pero, dado el caso de que me abandone, he tomado ya mi resolución.

—¿Y qué has decidido?—preguntó Beatriz con un apresuramiento que hizo estremecer á Camilo.

Esto diciendo, las dos amigas se miraron con la atención de dos inquisidores venecianos, y con rápida mirada en la que sus almas chocaron y despidieron chispas como dos pedernales. La marquesa bajó los ojos, y la mujer célebre le respondió con gravedad:

—Después del hombre, sólo se encuentra á Dios, y yo me arrojaría en sus brazos como en un abismo. Calixto acaba de jurarme que sólo te admiraba como se admira un cuadro hermoso; pero tú estás á los veintiocho años en todo el esplendor de tu belleza. La lucha acaba, pues, de comenzar entre él y yo con una mentira; mas, por fortuna, yo sé cómo me he de obrar para triunfar.

—¿Y qué harás?

—Ese es mi secreto, querida mía. Déjame al menos que disfrute de los beneficios de mi edad. Si Claudio Viñón me arrojó brutalmente al abismo, yo, que me he levantado hasta un lugar que creía inaccesible, cogeré al menos las flores pálidas, pero deliciosas, que crecen en el fondo de los edificios.

La marquesa quedó aplastada por la señorita de Touches, que se complacía en engañarla con sus astucias. Camilo se despidió de su amiga, la cual fué á su habitación llena de curiosidad, flotando entre los celos y la generosidad, aunque pensando seguramente en el hermoso Calixto.

—¡Qué satisfacción tendrás en engañármel—se dijo para sus adentros Camilo al darse el beso de despedida.

Después, cuando se quedó sola, la mujer substituyó al autor, y se deshizo en lágrimas; cargó de tabaco empapado en opio la chimenea de su pipa y pasó una gran parte de la noche fumando, aliviando así los dolores de su amor y viendo, á través de las nubes de humo, la deliciosa cabeza de Calixto.

—¡Qué hermoso libro aquel en que yo cuente mis dolores!—se dijo Camilo;—pero ya está escrito, porque Sapho vivió antes que yo, y era joven. Una mujer de cuarenta años, ¡vaya una hermosa y encantadora heroína! Fuma en tu pipa, pobre Camilo, pues ni siquiera te queda el recurso de poetizar tu desgracia.

Felicidad se acostó al amanecer, mezclando sus lágrimas, su rabia y sus resoluciones sublimes con una larga meditación acerca de los misterios de la religión católica, en la que, dada su vida de artista ociosa y de escritora incrédula, no había pensado nunca.

Al día siguiente, Calixto, á quien su madre había recomendado que siguiese exactamente los consejos de Camilo, se presentó al mediodía, y subió misteriosamente al cuarto de la señorita de Touches, donde encontró ya multitud de libros. Felicidad permaneció sentada en un sofá á la ventana, contemplando sucesivamente el salvaje país de las salinas, el mar y á Calixto, con quien cambió algunas palabras acerca de Beatriz. Hubo un momento en que, viendo á la marquesa pasearse por el jardín, Felicidad fué á echar las cortinas, dejándose ver de su amiga para interceptar la claridad, si bien dejando penetrar una banda de luz para que iluminase el libro de Calixto.

—Hoy, hijo mío, te rogaré que te quedes á comer—dijo poniéndole los cabellos en desorden,—y tú te negarás á ello, mirando á la marquesa y dándole á entender lo mucho que sientes no poder aceptar el ofrecimiento.

A eso de las cuatro, Camilo salió y fué á desempeñar la atroz comedia de su falsa dicha al lado de la marquesa. Calixto se presentó á poco, y aunque comprendiese lo vergonzoso de su posición, dirigió á Beatriz una mirada más expresiva de lo que Felicidad creía. La marquesa se había hecho un tocado encantador.

—¡Con qué coquetería se ha vestido usted, querida mía!

—dijo Camilo á la marquesa cuando Calixto se hubo marchado.

Este manejo duró seis días, y fué acompañado, sin que Calixto lo supiese, de hábiles conversaciones entre las dos amigas. Entre aquellas dos mujeres hubo un duelo á muerte, un duelo sin tregua, en el que ambas emplearon astucia, hipocresía, falsas generosidades, mentidas confesiones, en el que la una ocultaba su amor y la otra lo descubría, habiendo momentos en que las falsas palabras de Camilo llegaron al corazón de su amiga, contando algunos de esos malos sentimientos que con tanta pena reprimen las mujeres honradas. Beatriz acabó por ofenderse de las desconfianzas de Camilo, encontrándolas poco honrosas para ambas, y estaba encantada de saber que también esta gran escritora tenía debilidades de mujer, llegando á sentir deseos de ver hasta dónde llegaba su superioridad.

—Querida mía, ¿qué vas á decirle hoy?—preguntó la marquesa mirando maliciosamente á su amiga en el momento en que el pretendido amante le pedía permiso para quedarse.—El lunes teníamos que hablar á solas, el martes la comida no valía nada, el miércoles no querías atraerte la cólera de la baronesa, el jueves tenías que salir conmigo, ayer le dijiste adiós antes de que abriese la boca. Vaya, pobre chico; hoy quiero yo que se quede.

—¿Yo, hijita mía?—dijo Camilo á Beatriz con mordaz ironía.

La marquesa se puso roja como la grana.

—Quédese usted, señor de Guenic—dijo la señorita de Touches á Calixto, afectando modales de reina y de mujer picada.

Beatriz se mostró fría, dura, mordaz y epigramática, y maltrató á Calixto, al que su pretendida querida acabó por enviar á jugar á la mosca con la señorita de Kergarouët.

—¡Oh! eso sí que no es peligroso—dijo Beatriz sonriéndose.

Los jóvenes enamorados son como los hambrientos que no se sacian con los preparativos del cocinero, y piensan demasiado en el desenlace para comprender los medios. Yendo de Touches á Gueranda, Calixto iba pensando en Beatriz, y no veía la profunda habilidad femenina que desplegaba Felicidad para anticipar sus deseos. Durante aquella semana, la marquesa sólo había escrito una carta á Conti, y este

síntoma de indiferencia no había pasado desapercibido para Camilo. Toda la vida de Calixto estaba concentrada en el corto instante durante el cual veía á la marquesa. Aquella gota de agua, lejos de saciar su sed, sólo contribuyó á aumentarla. Las palabras mágicas: «¡tú serás amado!» dichas por Camilo y aprobadas por su madre, eran el talismán que contenían la impetuosidad de su pasión. El joven devoraba el tiempo, no dormía, engañaba el insomnio leyendo, y se llevaba todas las noches carretadas de libros, según decía Marieta. Su tía maldecía á la señorita de Touches; pero la baronesa, que había subido varias veces á la habitación de su hijo al ver la luz encendida, conocía la causa de su desvelo. Aunque para Fanny hubiese sido el amor una especie de libro cerrado, no dejaba de comprender ciertas cosas, gracias á su ternura maternal; sin embargo, la mayor parte de los abismos de este sentimiento estaban para ella oscuros y cubiertos de nieve, y no dejaba de asustarse al ver el deseo único é incomprensible que devoraba á su hijo. Calixto no tenía más que un pensamiento: le parecía ver siempre en su presencia á Beatriz. Por la noche, durante la partida de mosca, las distracciones del joven se parecían al sueño de su padre. Al verle tan diferente de lo que era cuando el joven creía amar á Felicidad, la baronesa reconocía con una especie de terror los síntomas que denotan el primer amor, sentimiento completamente desconocido en aquella casa solariega. Una irritabilidad febril, una absorción constante, contribuían á que Calixto estuviese siempre atontado. Muchas veces permanecía durante horas enteras contemplando algún dibujo de la alfombra. Su madre, llena de terror al verle en este estado, le había aconsejado que no fuese más á Touches y que dejase á aquellas dos mujeres.

—¡No ir más á Touches!—había exclamado Calixto.

—Vaya, vé, vé, no te enfades, querido mío—le había dicho su madre, besando aquellos ojos que con tanta furia le habían mirado.

En estas circunstancias, Calixto estuvo á punto de perder el fruto de las sabias maniobras de Camilo con la furia bretona de su amor, de cuyos impulsos llegó ya á no ser dueño. A pesar de sus promesas á Felicidad, el joven se juró ver á Beatriz y hablarle, pues quería leer en sus ojos, examinar los ligeros detalles de su tocado, aspirar sus perfumes, escuchar la música de su voz, admirar la elegante sen-

cillez de sus movimientos, abrazar de una mirada aquel talle, y quería todo esto como lo quieren los amantes, siendo presa de un deseo que le cerraba los oídos, que le obscurecía la inteligencia y que le sumía en un estado enfermizo en que no reconocía obstáculos ni distancias, ni sentía siquiera su propio cuerpo. En esta situación, pensó ir á Touchés antes de la hora convenida, esperando encontrar á Beatriz en el jardín, pues había sabido que ésta se paseaba siempre, esperando la hora del almuerzo. La señorita de Touchés y la marquesa habían ido á ver aquella mañana las salinas y el estanque rodeado de fina arena donde penetra el mar y que parece un lago en medio de las dunas.

—Si este paisaje le interesa á usted—había dicho Felicidad á la marquesa,—debe usted ir con Calixto á dar una vuelta por Croisic, donde se ven rocas admirables, cascadas de granito y cosas muy sorprendentes, sin contar el mar con su multitud de fragmentos de mármol. Verá usted también mujeres haciendo *leña*, es decir, pegando boñigas de vaca á lo largo de las paredes, para secarlas y amontonarlas como hacen con los terrones en París. Después, en invierno, se calientan con esa leña.

—¿Y va usted á exponer á su Calixto?—dijo la marquesa riéndose y con un tono que probaba que Camilo, enfadándose la víspera con Beatriz, la había obligado á ocuparse del joven.

—¡Ah! querida mía; cuando conozca usted el alma angelical de ese niño, me comprenderá. En él la belleza no es nada, y para admirarle, es preciso penetrar su corazón puro y su sencillez sorprendida á cada paso en el reino del amor. ¡Qué fe! ¡qué candor! ¡qué gracia! Los antiguos tenían razón en rendir culto á la santa belleza. No sé qué viajero ha contado que los caballos salvajes tenían por jefe al más hermoso. La belleza, querida mía, es el genio de las cosas, es el sello que la naturaleza ha impreso á sus creaciones más perfectas, y es el símbolo más verdadero, del mismo modo que es la mayor de las casualidades. ¿Se ha imaginado nunca nadie á los ángeles diformes? ¿No creemos que se reúne en ellos la gracia y la fuerza? ¿Quién nos hace permanecer durante horas enteras ante ciertos cuadros, en Italia, donde el genio ha procurado siempre realizar alguno de esos raros azares de la naturaleza? Vamos, pongámonos la mano sobre el corazón y confesemos que siempre quere-

mos ver unido el ideal de la belleza con las grandezas morales. Pues bien, Calixto es uno de esos sueños realizados, y tiene el valor del león que permanece tranquilo sin sospechar siquiera su fuerza. Cuando está tranquilo y á su gusto, es muy ocurrente, y me encanta su timidez de doncella. Mi alma descansa sobre su corazón de todas las corrupciones, de todas las ideas de ciencia, de literatura, de mundo y de política y de todos esos inútiles accesorios con que nosotras ahogamos la dicha. Soy lo que no he sido nunca; me convierto en una niña. Estoy segura de él, pero me gusta fingirme actora, porque sé que eso le agrada. Por otra parte, esta táctica constituye una de las partes de mi secreto.

Beatriz marchaba pensativa y silenciosa, y Camilo sufría un martirio implacable y le dirigía oblicuas miradas que parecían llamas.

—¡Ah! querida mía, tú eres feliz—dijo la marquesa, apoyándose en el brazo de Camilo, como mujer cansada de hacer una secreta resistencia.

—¡Oh! sí, muy feliz—respondió con salvaje amargura la pobre Felicidad.

Las dos mujeres, agobiadas de fatiga, se sentaron sobre un banco. Jamás criatura alguna de su sexo estuvo sometida á seducciones más verdaderas y á maquiavelismo más penetrante que lo estaba la marquesa hacía una semana.

—Pero yo... ver las infidelidades de Conti y devorarlas.

—¿Y por qué no le dejas?—dijo Camilo creyendo la hora favorable para dar el golpe decisivo.

—¿Puedo acaso hacerlo?

—¡Oh! ¡pobre amiga mía!

Y las dos contemplaron durante largo rato y con aire distraído un grupo de árboles.

—Esta correría me ha abierto el apetito, y voy á decir que anticipen el almuerzo—dijo Camilo.

—Pues á mí, esta conversación me ha quitado la gana—repuso Beatriz.

Esta, con su tocado y vestido matinal, se dibujaba como una forma blanca en las masas verdes del follaje. Calixto, que había entrado en el jardín por la puerta del salón, tomó uno de los paseos y caminó por él lentamente para hacerse el encontradizo con la marquesa. Beatriz, el verle, no pudo contener un ligero estremecimiento.

—Señora, ¿en qué pude desagradarle ayer?—dijo Calixto á la marquesa después de haber cambiado con ella algunas frases insignificantes.

—En nada; usted no me agrada ni me desagrada—le contestó Beatriz con amabilidad.

El tono afectuoso y la admirable gracia de la marquesa animaban á Calixto.

—Sí, vaya, le soy á usted indiferente—dijo el bretón con voz entrecortada por las lágrimas.

—¿No tenemos que sernos indiferentes uno á otro?—respondió la marquesa.—Tanto usted como yo tenemos ya compromisos contraídos.

—¡Eh!—se apresuró á decir Calixto—Yo amaba á Camilo, pero ya no la amo.

—¿Y qué hace usted, pues, todos los días durante la tarde?—dijo Beatriz con pérfida sonrisa.—A pesar de su pasión por el tabaco, no creo que Camilo prefiera un cigarro á usted, y, á pesar de la admiración de usted por las escritoras, no creo que se pase usted cuatro horas leyendo novelas femeninas.

—¿Cómo! ¿sabe usted acaso...?—dijo ingenuamente el sencillo joven, en cuyo rostro resplandecía la dicha que le causaba la presencia de su idolo.

—¡Calixto!—gritó violentamente Camilo, presentándose, interrumpiéndole, cogiéndole por el brazo y llevándosele lejos de Beatriz—¿es eso lo que me había usted prometido?

La marquesa pudo oír este reproche de la señorita de Touches, la cual desapareció riñendo y llevándose á Calixto. Aunque Beatriz no comprendió la confesión de Calixto, ésta la dejó estupefacta. La señora de Rochefide no era tan perspicaz como Claudio Viñón. La verdad del papel horrible y sublime desempeñado por Camilo es una de esas infames grandezas que sólo admiten las mujeres en último extremo. En él se estrellan sus corazones y con él cesan sus sentimientos de mujer, para empezar á practicar una abnegación que las pone en el infierno á que las conduce el cielo.

Durante el almuerzo, al que Calixto estuvo convidado, la marquesa, cuyos sentimientos eran nobles y arrogantes, había analizado ya su corazón y procuraba ahogar los gérmenes de amor que nacían en él, y estuvo, si no fría y dura con Calixto, al menos tan indiferente, que lo dejó helado.

Felicidad sacó á relucir la proposición de ir al día siguiente á hacer una excursión por el original paisaje comprendido entre Touches, Croisic y la aldea de Batz, y rogó á Calixto que emplease el día siguiente en buscar una barca y marineros para pasear por el mar, encargándose ella de los víveres, de los caballos y de todo lo necesario para que la correría no resultase fatigosa. Beatriz cortó por lo sano diciendo que ella no quería exponerse á correr de aquel modo el país. La cara de Calixto, que denotaba una viva alegría, se llenó al oír esto de tristeza.

—¿Qué tiene usted, querido mío?—le preguntó Camilo.

—Mi situación es demasiado delicada para que yo comprometa, si no mi reputación, al menos mi dicha—dijo Beatriz con énfasis, mirando al joven bretón.—Usted sabe lo celoso que es Conti, y si él supiese...

—¿Y quién se lo va á decir?

—¿No tiene que venir á buscarme?

Estas palabras hicieron palidecer á Calixto. A pesar de las instancias de Felicidad, no obstante las del joven bretón, la señora de Rochefide estuvo inflexible y mostró lo que Camilo llamaba su terquedad. Calixto, no obstante las esperanzas que le dió Felicidad, salió de Touches siendo presa de una de esas penas de enamorado cuya violencia llega á la locura. De vuelta ya á su casa, no salió de su cuarto más que para comer, y subió á él algunos instantes después de acabada la comida. A las diez, su madre, inquieta, subió á verle y lo encontró escribiendo en medio de una gran cantidad de papeles emborronados y desgarrados. Calixto escribía á Beatriz, porque desconfiaba de Camilo, y la actitud de la marquesa durante su entrevista en el jardín le había animado extraordinariamente. Como es fácil imaginar, nunca la primera carta de amor fué reflejo fiel del alma. Cuando procede de jóvenes que no están aún corrompidos, la tal carta va acompañada de entusiasmos demasiado ardientes y exagerados, como resumen que es de varias cartas comenzadas, rechazadas y enmendadas. He aquí la que más gustó á Calixto, que se la leyó á su madre asombrada. Para la pobre Fanny, aquella carta parecía arder: el amor de su hijo oscilaba en ella como la llama de un incendio.

CALIXTO Á BEATRIZ

«Señora: La amé á usted cuando no era usted para mí más que un sueño: juzgue de la fuerza que habrá adquirido mi amor al verla. El sueño ha sido sobrepujado por la realidad. Mi mayor pesar estriba en no poder decirle á usted nada nuevo diciéndole cuán hermosa es; pero acaso sus encantos no hayan despertado nunca en nadie sentimientos como los que han despertado en mí. Usted es hermosa por más de un concepto, y yo la he estudiado tanto pensando en usted día y noche, que he penetrado los misterios de su persona, los secretos de su corazón y sus desconocidas delicadezas. ¿Ha sido usted nunca comprendida y adorada como merece usted serlo? Sépalo usted, no hay una de sus facciones que no haya sido interpretada por mi corazón: su altivez corresponde á la mía, á la nobleza de sus miradas, á la gracia de su actitud, á la distinción de sus movimientos, en una palabra, todo está en armonía con sus pensamientos y con los votos ocultos en el fondo de su alma, y sólo adivinándolos es como he llegado á creerme digno de usted. Si yo no me hubiese convertido hace ya algunos días en otro usted misma, ¿le hablaría á usted de mí? Leer esta carta será egoísmo, pues se trata en ella más bien de usted que de Calixto. Para escribirle á usted, Beatriz, he hecho enmudecer á mis veinte años, y he envejecido mi pensamiento, ó, mejor dicho, lo ha hecho envejecer usted con los horribles sufrimientos que me ha ocasionado, sin saberlo acaso, durante una semana. No me crea uno de esos amantes vulgares de quienes se ha reído usted con tanta razón. ¡Cuánto mérito encierra el hecho de amar á una mujer joven, hermosa, inteligente y noble! ¡Ay de mí! ni siquiera pienso merecerla. ¿Qué soy yo para usted? un niño atraído por el brillo de la belleza y de las grandezas morales, como un insecto atraído por la luz. Usted no puede menos de marchar sobre las flores de mi alma; pero toda mi dicha consistiría en ver que usted las pisotea. Una abnegación absoluta, una fe sin límites, un amor insensato y todas las riquezas de un corazón amante y verdadero no son nada y sirven sólo para amar, pero no para hacerse amar. Hay momentos en que no comprendo

cómo un fanatismo tan ardiente no se comunique al ídolo; pero cuando me encuentro con su mirada severa y fría, me siento helado. Es el desdén de usted el que obra, y no mi corazón. ¿Por qué? Usted no sería capaz de odiarme tanto como yo la amo. ¿Debe el sentimiento más débil dominar al más fuerte? Yo amaba á Felicidad con todas las fuerzas de mi corazón, y al verla á usted la he olvidado en un solo día, en un momento. Ella era el error y usted es la verdad. Sin saberlo, usted destruyó mi dicha y no me debe nada en cambio. Amaba á Camilo sin esperanza, y usted no me da esperanza alguna; de modo que nada ha cambiado más que la divinidad. Era idólatra, y ahora soy cristiano: he aquí la única diferencia. Solamente que usted me ha hecho saber que la primera dicha es amar, y que el ser amado viene después. Según Camilo, amar por algunos días no es amar; el amor que no crece á cada instante, es una pasión miserable; pero para que crezca, no debe vérselle el fin, y ella veía ya nuestro sol en su ocaso. Sólo al verla á usted comprendo la verdad de estas palabras, que yo combatí antes con toda mi juventud, con toda la impetuosidad de mis deseos y con toda la despótica intensidad de mis veinte años. Esa grande y sublime Camilo mezclaba entonces sus lágrimas con las mías. Puedo, pues, amarla á usted en la tierra y en el cielo, como se ama á Dios. Si usted no me ama, no podrá usted oponer al menos las razones con que Camilo anulaba mis esfuerzos. Ambos somos jóvenes y podemos volar con las mismas alas y bajo el mismo cielo, sin temor á la tormenta que amedrentaba á aquella águila. Pero, ¿qué he dicho? A decir verdad, he ido más allá de lo que me permiten mis modestas aspiraciones, y ahora no creará usted en la sumisión, en la paciencia y en la muda adoración, que yo le ruego no hiera inútilmente. Beatriz, ya sé que usted no puede amarme sin perder su propia estimación. Así es que no le pido nada en cambio de mi cariño. Camilo decía no ha mucho que había una fatalidad innata en los nombres, con motivo del suyo. Esa fatalidad la presentí yo para mí en el de usted, cuando hirió mi vista en Gueranda á orillas del Océano. Usted será en mi vida lo que fué Beatriz en la vida del Dante. Mi corazón servirá de pedestal á una estatua blanca, vengativa, celosa y opresiva. Le está á usted prohibido amarme, y aunque sufriese usted mil muertes, sería usted engañada,